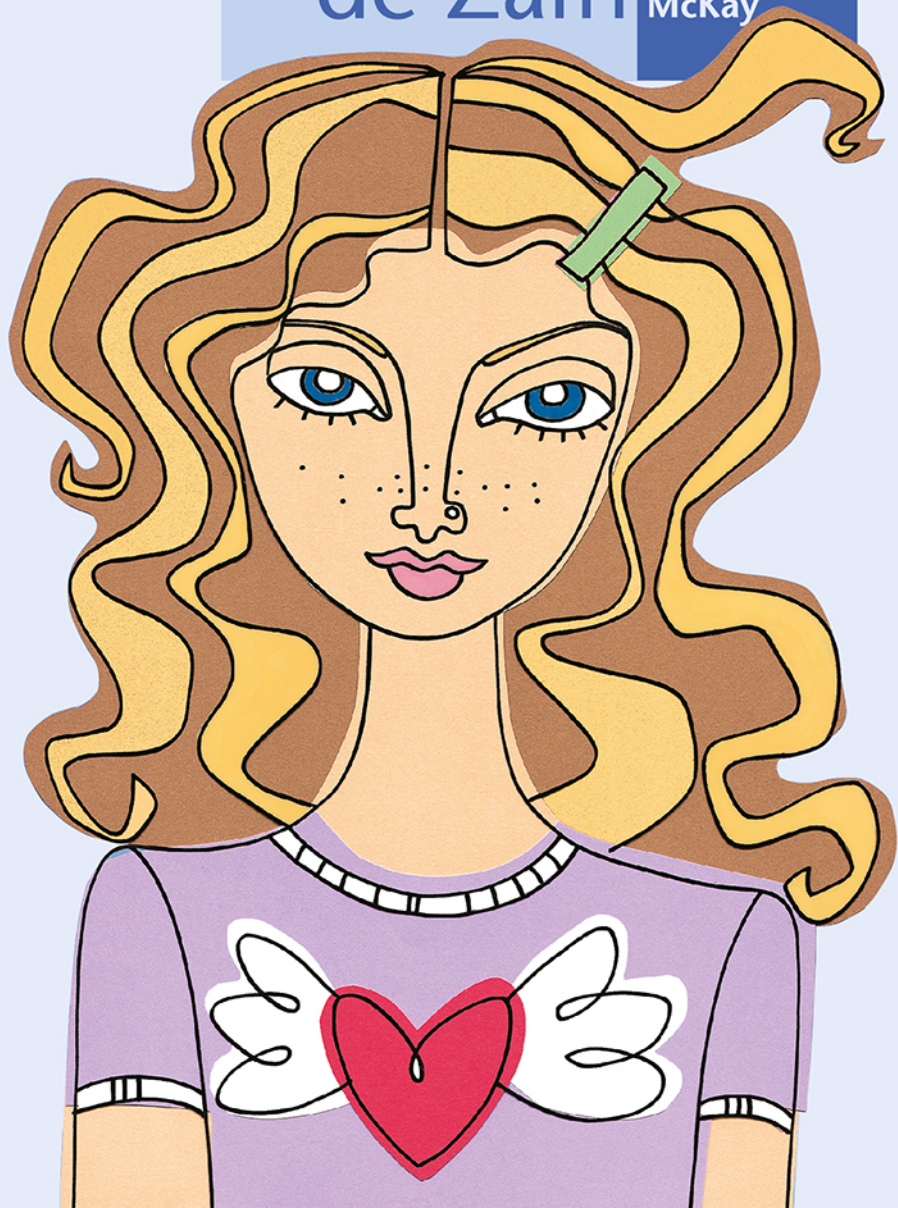


Algar  COLECCIÓN CALCETÍN

# El ángel de Zafri

Hilary McKay



## Capítulo 1

A los ocho años, cuando por fin había aprendido a leer, Azafrán examinó con cuidado el cartel de la paleta de colores que estaba clavado en la pared de la cocina.

Era una paleta de colores para pintores, de una tienda de materiales para artistas, y tenía todos los colores que un pintor pudiera necesitar. Había hileras y más hileras de cuadraditos, cada uno de un tono diferente de azul o de verde o de amarillo oro, y cada cuadradito llevaba debajo el nombre del color. Los niños de la familia Casson se sabían aquellos nombres tan bien como las canciones que cantaban cuando jugaban. Otras familias utilizaban las canciones de cuna, pero

los Casson se habían acostumbrado a dormirse oyendo listas de colores.

Azafrán encontró el Añil casi enseguida: un azul oscuro y ahumado que aparecía en la última hilera del cartel. Añil tenía dos años menos que Azafrán y el nombre le iba como anillo al dedo.

—¿Sabéis, niños? ¡Una cosa que se le daba bien a vuestra madre —decía Bill Casson, el padre— era elegir el nombre!

Entonces Eve, la madre, siempre ponía cara de contenta. No decía nunca, quejándose, que había más de una cosa que se le daba bien, porque no pensaba que fuera verdad.

Añil era un niño delgado de pelo oscuro y ojos nerviosos de color añil. Tenía en la cabeza una lista de las cosas que no eran importantes (como el colegio) y de las que sí que lo eran. En la lista de cosas importantes de Añil ocupaba un lugar preferente su *pack*. Así es como llamaba mentalmente a sus hermanas: su *pack*.

Azafrán era la de en medio del *pack*.

Azafrán tuvo que subirse a un taburete para ver bien el cartel de la paleta de colores. El asiento del taburete era de anea que se estaba deshilachando, y las patas bailaban sobre los azulejos irregulares del suelo de la cocina.

—No me encuentro —le refunfuñó a Añil, mientras se tambaleaba sobre el taburete—. No encuentro Azafrán escrito por ninguna parte.

—¿Y el resto de nosotros? —preguntó Añil sin levantar la cabeza—. ¿Y la nena?

Añil estaba agachado sobre la alfombra que había delante de la chimenea y hurgaba en el cubo del carbón. Había trozos de carbón esparcidos por todas partes. A veces le salía algún trozo con pepitas que pensaba que eran de oro. En aquella habitación oscura, con el resplandor del fuego detrás, parecía un pequeño demonio negro.

—¡Ven y ayúdame a buscar el Azafrán! —le imploró Azafrán.

—Busca antes a la nena —le respondió Añil.

A Añil no le hacía gracia que la nena se quedara fuera de nada de lo que pasaba. Eso era porque después de nacer daba la impresión, durante mucho tiempo, de que se quedaría fuera de todo para siempre. Había estado a punto de no formar parte de su *pack*. Había estado a punto de morir. Pero ahora estaba sana y salva y era fácil de encontrar, en la tercera hilera comenzando por arriba, al final de los rosa. Rosa. Rosa Permanente.

Rosa berreaba porque había venido la enfermera a hacerle una visita. Había aparecido de improviso, desde detrás de las ventanas negras salpicadas de lluvia, y había levantado a Rosa con sus manos fuertes y frías: por eso berreaba Rosa.

—¡Dile a Rosa que se calle! —gritó Azafrán desde el taburete—. ¡Estoy intentando leer!

—¡Es que Azafrán ahora lo lee todo! —le dijo orgullosa la madre de los niños a la enfermera.

—¡Muy bien! —replicó la enfermera, y Azafrán puso cara de contenta un momento, pero cambió de expresión enseguida, cuando la enfermera añadió que sus gemelos

a los cuatro años ya leían con fluidez, y que a los seis ya se habían tragado la biblioteca entera de su colegio de primaria.

Azafrán miró a Cad, la mayor de los hermanos Casson, para ver si era posible que eso fuera verdad.

Cad, que tenía trece años, estaba absorta pintándole las plantas de los pies a su hámster, pero, al darse cuenta de la tristeza de Azafrán, le lanzó una rápida mirada de consuelo. Desde la llegada de Rosa, los Casson habían oído hablar muchísimo de las múltiples habilidades de los gemelos de la enfermera. Iban a la misma clase que Cad; de hecho, Cad podría haber dicho unas cuantas cosas que demostraban su mala educación y que además eran verdad, pero, como era Cad, se las calló. Bastaba con su sonrisa.

Cad aparecía una y otra vez en la paleta de colores, a lo largo de la hilera superior: Cadmio limón, Cadmio amarillo oscuro, Cadmio escarlata y Cadmio oro.

Pero el Azafrán no estaba.

—El Azafrán no está —dijo Azafrán, después de volver a buscar durante un buen rato—. ¡Lo he buscado y no está! ¡Los he leído todos y no está!

Al principio parecía que no la oía nadie. Cad seguía pintándole los pies al hámster. La nena seguía berreando. Eve seguía explicándole a la enfermera (que le daba mucho miedo) que no había notado que a Rosa le pasara nada hasta que la propia enfermera lo había comentado, y la enfermera seguía chasqueando la lengua.

—¡No encuentro el Azafrán! —se quejó Azafrán, enfadada.

–El Azafrán es amarillo –replicó Añil.

–¡Ya sé que el Azafrán es amarillo!

–Pues busca entre los amarillos –dijo Añil, y arrojó todo el carbón del cubo en la chimenea. La parte de la estancia que ocupaba él quedó envuelta en una nube de polvo de carbón.

Esto hizo que la enfermera se pusiera a toser, además de chasquear la lengua.

–¡No sé cómo puede tener tanta paciencia! –le dijo a Eve, dando a entender con su tono de voz que sería mejor que no la tuviera. Había pasado a pesar a Rosa, como hacía con frecuencia, y se había dado cuenta enseguida de que la nena tenía un color muy extraño. Una especie de mostaza amarronado. Aparentemente le parecía fatal que Rosa se hubiera puesto de color mostaza sin que nadie se diera cuenta. Entonces empezó a desvestirla.

–¡He mirado todos los amarillos –dijo Azafrán en voz alta y desafiante–, y he mirado todos los naranjas también, y el Azafrán no está!

Rosa empezó a berrear más fuerte todavía porque no quería que la desvistieran. Su madre le dijo:

–¡Venga, hija!

Añil se puso a golpear con el mango del atizador los trozos de carbón que le parecían más prometedores. Cada vez que el hámster se paseara por la mesa y pintara un bello y fino estampado de huellas con los colores del arco iris sobre las notas que había tomado la enfermera.

–¿Por qué no está el Azafrán? –preguntó Azafrán–. Todos los demás están. Y yo, ¿qué?

Y entonces la enfermera dijo la cosa que cambió la vida de Azafrán. Mientras intentaba arrancar algo del puño cerrado de Rosa, levantó la vista y le dijo a la madre:

—¿Es que Azafrán no lo sabe?

Las palabras abrieron un hueco de silencio. Rosa continuó la respiración entre berrido y berrido; Cad levantó la cabeza de repente y en sus ojos se veía el espanto; Añil dejó de dar golpes; Eve se puso roja como un tomate, parecía presa de la confusión y empezó a murmurar tristemente. Un murmullo de aquellos que dicen «todavía no», «ahora no».

—¿El qué? —preguntó Azafrán, mirando primero a la enfermera y después a su madre.

—Nada, bonita —respondió la enfermera con voz alegre y despreocupada, y Azafrán, que se había asustado sin saber por qué, decidió creérselo.

—¡Nada, nada! —repitió la enfermera, medio canturreando las palabras, y a continuación, en un tono completamente diferente, añadió:— ¡Dios mío! ¿Pero qué es esto?

El puño de Rosa se había abierto y mostraba un tubo de pintura (Ocre amarillo), evidentemente muy chupado.

—¡Pintura! —exclamó la enfermera, absolutamente horrorizada—. ¡Pintura! ¡PINTURA! ¡Tenía un tubo de pintura! Esta casa... ¡ay, no sé! ¡Estaba chupando un tubo de pintura!

—¿De qué color? —preguntó inmediatamente Añil.

–Ocre amarillo –le respondió Cad–. Se lo he dado yo. No pensaba que lo fuera a chupar. De todas formas, sólo uso colores no tóxicos.

–¡Pero Cad! –dijo su madre, riéndose–. ¡No me extraña que se haya puesto de un color tan extraño!

–¡Voy a llamar al hospital! –dijo la inspectora, con voz calmada y controlada–. ¡Envuélvala en algo de abrigo! ¡No le dé nada de beber! Iremos directos a Urgencias...

Entonces, Azafrán se olvidó de sus preocupaciones y entre todos trataron de convencer a la enfermera de que Cad no tenía ningún color tóxico, ninguno en absoluto, y de que Rosa, aparte de necesitar un baño, estaba perfectamente.

–Pero ¿por qué se lo has dado? –le preguntó la enfermera a Cad.

–Para que soltara el blanco de China –respondió Cad.

–El blanco de China es bueno –afirmó Azafrán, y esto dio pie a otro altercado. Mientras tanto, Añil se aburría y volvió a su búsqueda de oro, y, de lo fuerte que picó un trozo de carbón, los fragmentos se esparcieron por todo el suelo y a la nena le llegó una astilla para que la chupara; el hámster dio un salto del susto y se metió en la bolsa de la enfermera; y la enfermera dijo:

–¡Gracias a Dios que mis gemelos...! Si ese hámster me lo ha puesto todo perdido... Supongo que esto es lo que llaman artístico...

–Sí –se apresuró a decir Eve–. Son todos muy...



—¡En este trabajo hay que tener más paciencia que un santo! —dijo la enfermera al tiempo que se iba.

Cuando la enfermera se hubo ido, la madre buscó algo para cenar por todos los armarios de la cocina. Mientras lo hacía, lloró un poco, porque era muy, pero que muy duro ser artista y tener que cuidar de cuatro niños al mismo tiempo, sobre todo cuando llovía y la lluvia se colaba por debajo de la puerta de la cocina y chorreaba por las chimeneas y se metía en el capó del coche y el coche no arrancaba y ella no podía ir al supermercado. Pensó con añoranza en el cobertizo que había al fondo del jardín, el lugar que más quería en el mundo.

Rosa fue la única que se dio cuenta de que estaba llorando y la miró con sus ojos azules que no mostraban sorpresa, disfrutando de los sollozos.

El armario de la cocina estaba lleno de comida que no era comida: lentejas, cereales, botes de salsa y mermelada. Eve estaba ya a punto de abandonar cuando, de modo totalmente inesperado, desenterró un bote grande de alubias en salsa de tomate, de los que llevan salchichas, un pequeño milagro.

—¡Las debe de haber comprado papá! —exclamó con una felicidad sólo comparable a la tristeza de hacía un momento.

Las alubias lo cambiaron todo. Azafrán se hizo cargo de la tostadora. Cad metió el hámster en la jaula y despejó la mesa. Añil recogió los trozos de carbón. Rosa

Permanente chupaba un mendrugo de pan, sonreía a todo el mundo y esperaba con paciencia que a alguien se le ocurriera prepararle un huevo. Eve removía los huevos y las salchichas y le daba gracias a Bill Casson, el padre de los niños. Él sí que era un artista de verdad, no uno de cobertizo como ella. De hecho, era un artista tan de verdad que sólo podía trabajar en Londres, por lo que tenía alquilado allí un pequeño estudio que costaba un dineral y sólo venía a casa los fines de semana. Los artistas de verdad, como a menudo les explicaba a Cad, a Azafrán y a Añil, no pueden trabajar con tres niños encima y una nena que se despierta varias veces todas las noches.

–¡Papá sí que sabe! ¡Mira que comprar alubias...!  
–exclamó Eve.

–Y Rosa podría comerse un huevo –sugirió Cad, leyéndole el pensamiento a Rosa.

–Igual papá compró algo más –dijo Añil, y enseguida Azafrán y él se pusieron a revolver los armarios de la cocina, con la esperanza de encontrar más sorpresas. Apareció un trozo de carbón, con un destello de oro, y un paquete de jamones aplastados, de color rosa y blanco, que echaron en el chocolate caliente y compartieron con Rosa desde la punta de una cuchara.

La velada pasó felizmente y ya se acercaba la hora de dormir cuando Azafrán volvió a preguntar:

–¿Por qué no sale mi nombre en el cartel de los colores? ¿Por qué no está el Azafrán?

–El Azafrán es un color muy bonito –respondió su madre, esquivando la pregunta.

–Pero no sale en el cartel.  
–Bueno, pero...  
–Los demás sí que salen.  
–Sí.  
–Pero yo no.  
–Pensé en ponerte Siena. O Escarlata.  
–¿Y por qué no lo hiciste?  
Siguió una pausa larga, muy larga.  
–Tu nombre no lo elegí yo.  
–¿Y quién lo eligió? ¿Papá?  
–No, papá no. Mi hermana.  
–¿La que se murió?  
–Sí. Hala, Azafrán, a la cama. Rosa está llorando. Me tengo que ir.

–Siena –susurró Zafri.

Zafri tenía un sueño que se repetía una y otra vez. En el sueño aparecía un sitio con el suelo enlosado de blanco y con paredes. Un sitio soleado, tranquilo y cerrado, con árboles pequeños, oscuros y puntiagudos y con rumor de agua. El cielo azul era tan luminoso que no se podía mirar. En el sueño, había algo que se perdía. En el sueño, Zafri lloraba. En el sueño, salía la palabra: Siena.

La cama de Cad se podía tocar con la mano. Por el tacto de la oscuridad, Azafrán sabía que Cad estaba despierta.

–Cad, ¿de cuándo son tus primeros recuerdos? –le preguntó.

–Uy –respondió Cad–, de hace mucho tiempo. Me acuerdo de cuando sólo podía estar acostada boca arriba. Y todavía me acuerdo de lo contenta que me puse cuando aprendí a darme la vuelta.

–¡No me lo creo!

–Pues es verdad. Y me acuerdo de cuando aprendí a gatear. Me dolían las rodillas.

–¡Nadie se acuerda de cosas tan antiguas!

–Pues yo sí. Me acuerdo perfectamente. La sensación aquella de que me quemaban las rodillas.

–¿Te acuerdas de un jardín blanco de piedra?

–¿Qué jardín blanco de piedra?

–En Siena.

–No –dijo Cad–. Eso era cosa tuya, no mía.

Al día siguiente por la mañana, Añil le regaló a Azafrán su trozo de carbón con la pepita de oro y Cadmio añadió un cuadrado de color a la hilera superior del cartel de las pinturas, el Amarillo azafrán. En Londres, Bill Casson cerró su pequeño (y carísimo) estudio a mitad de semana y volvió a casa en el primer tren.

Para Azafrán, nada de todo eso tenía ningún significado. Lo único que tenía en la cabeza era la terrible noticia que había conseguido sacarle a Eve la noche anterior. Poco a poco, mientras Rosa dormía y Añil discutía y Cad miraba y callaba, Azafrán se lo había sacado.

Así fue cómo descubrió que Eve no era su madre. Y que el artista de verdad (y casi de éxito) que vivía en

Londres no era su padre. Peor aún: Cad, Añil y Rosa no eran hermanos suyos.

–No sois mi familia –dijo Azafrán.

–¡Sí que lo somos! –gritó Eve–. ¡Claro que lo somos! ¡Te adoptamos! ¡Queríamos que estuvieras con nosotros! ¡Tu madre era mi hermana! ¡Cadmio, Añil y Rosa son tus primos!

–Eso da lo mismo –replicó Azafrán.

–No lo estoy haciendo bien –dijo Eve, llorando–. Hay libros que explican cómo hay que hacer estas cosas y yo los he leído. Mira, sólo tenías tres años, eras igual que Cad y me llamabas mamá. ¡Y estabas muy contenta! ¡Casi acababas de llegar y ya estabas contenta!

–¿Por qué se guardó en secreto?

–¡No se guardó en secreto! –se quejó Eve, intentando abrazar a Azafrán, que la esquivó–. Simplemente esperaba el momento adecuado para decírtelo, nada más. Y cuanto más lo aplazaba, más difícil se me hacía. ¡Te lo debería haber dicho desde el principio!

–¡Cad lo sabía y no me lo ha dicho nunca!

–Se me olvidó –dijo Cad.

–¿Que se te olvidó?

–Casi siempre se me olvidaba.

–No me extraña que no esté en el cartel de los colores –dijo Azafrán.

Para Azafrán, todo parecía haber cambiado desde el día en que descifró la paleta de colores, se dio cuenta de que no

salía su nombre y descubrió por qué. Nunca más volvió a sentirse igual. Se encontraba perdida.

–Pero todo continuaba siendo igual que antes –dijo Bill, intentando ayudarlo–. No ha cambiado nada, Zafri, hija. Te queremos como siempre te hemos querido. Formas parte de nosotros como siempre lo has hecho.

–No –respondió Zafri.

Eve sacó fotografías de la madre de Zafri, pero éstas eran muy desconcertantes. La madre de Azafrán y Eve eran gemelas: eran tan iguales que hasta Eve tuvo que mirar dos veces algunas fotos para decir quién era quién.

–¿Y mi padre qué? –preguntó Azafrán.

Esta pregunta era difícil. La madre de Azafrán nunca le había contado nada a Eve del padre de la niña.

–Tu mamá nunca hablaba de él –dijo, por fin.

–¿Ni siquiera contigo?

–Bueno –replicó Eve, suspirando mientras hacía memoria–, ella estaba en Italia y yo en Inglaterra, así que la cosa era difícil. Siempre decía que iría a hacerle una visita, pero no llegué a hacérsela nunca. Ojalá se la hubiera hecho.

–¿Era artista como tú?

–Uy, no –contestó Eve–. ¡Linda era mucho más lista que yo! Era profesora de inglés en Italia. En Siena. Tú naciste allí, en Siena, por eso me parecía que el nombre te iría como anillo al dedo...

Azafrán no estaba escuchando. Tras volver a mirar la foto de su madre, dijo:

–Sea como sea, está muerta.

–Sí.

–Murió en un accidente de coche.

–Sí, hija.

–¿Y yo dónde estaba? ¿La vi muerta?

–No –respondió Eve, aliviada–. Tú estabas en casa. En tu casa de Siena, con el abuelo, que estaba de visita.

–¡Con el abuelo!

–Sí, él estaba allí cuando pasó todo. Fue él quien te trajo aquí, con nosotros.

–¿Me trajo el abuelo?

–Sí. Él no ha estado siempre como ahora, Zafri.

El abuelo de los Casson no estaba de ninguna manera. Vivía en una residencia. Sentado. A veces, en verano, estaba sentado en el jardín, adonde lo llevaban con una enfermera a cada lado. A veces estaba sentado en una sala y miraba un televisor que no siempre estaba encendido. A menudo Eve lo recogía y lo traía a casa, y él se quedaba allí sentado, en lugar de estar sentado en la residencia.

En todos aquellos años de estar sentado, sólo una vez había dicho una palabra que demostrara que recordaba algo de su vida anterior. Había dicho:

–Azafrán.

Todos lo habían oído.

–Y el abuelo, ¿continúa siendo mi abuelo? –le preguntó Azafrán a Eve, porque daba la impresión de que el dibujo entero de su familia iba difuminándose y convirtiéndose, como los colores dentro del agua, en algo que ella apenas reconocía.

Eve respondió que claro que sí. Que igual que siempre. Exactamente igual.

—¿Pero el abuelo es mi abuelo desde siempre? —insistió Azafrán, decidida a saber la verdad, esta vez—. ¿Igual que es abuelo de Cad, de Añil y de Rosa?

—Sí —contestó Eve enseguida, y Cad añadió:

—Es abuelo tuyo exactamente igual que nuestro, Zafri. Más todavía.

—¿Más? —preguntó Azafrán, desconfiada.

—Mucho más —aseguró Cad—, porque de ti se acuerda. Sabe tu nombre. Todo el mundo oyó cómo dijo: «Azafrán».

—Sí —asintió Azafrán, y se permitió sentirse un poco consolada.

Cad era la única de los hermanos Casson que aún se acordaba de cuando el abuelo conducía, caminaba, hablaba y hacía las cosas que hace todo el mundo. Le habló a Azafrán de la tarde en que había llegado a casa, trayéndola a ella.

—Tenía un coche verde, un coche grande y verde que iba lleno de juguetes. Nos dijo que traía todos tus juguetes, todos tus lápices de colores, todos tus papelitos. Decía que recogías piedras, trocitos de piedra; pues los trajo todos. Dentro de un bote.

En casa de los Casson no tiraban nunca nada. Azafrán subió a la habitación que compartía con Cad y con Rosa y no paró de revolverlo todo hasta que encontró el bote de café, azul y rayado. Todavía estaban dentro las piedras: trozos de piedra arenisca dorada, esquirlas de mármol y un fragmento de teja roja.



–El abuelo dijo: «Viene llorando todo el camino, no por su madre, por otra cosa. Tendría que haberla traído, de la manera que fuera. Le he prometido que lo haría, así que tendré que volver».

–¿A qué se refería?

–No lo sé. Se fue aquella misma noche. Pasó una eternidad hasta que lo volvimos a ver y, entonces, ya estaba diferente.

–¿Qué quieres decir con diferente?

–Como está ahora –respondió Cad.